VERBO NUEVO

PUBLICACIÓN QUINCENAL DE DOCTRINA Y COMBATE

AÑO VIII | ORGANO DE LA FEDERACIÓN O. P. SANJUANINA. ADHERIDA A LA FEDERACIÓN O. REGIONAL ARGENTINA Y A LA A. I. T. | NÚMERO 62

REDACCIÓN Y ADM: MENDOZA 110 || San Juan, (Rep. Argentina) 1.º de Noviembre de 1927 || PRECIO: 10 CTVS.

Páginas de dolor y de sangre

(AGOSTO 22 DE 1927)

Las nueve de la noche.

Unión Square, Ciudad de New York.

Una multitud enorme fija sus miradas en los carteles que intermitentemente van apareciendo en una de las ventanas de la casa número 30 de la Cuarta Avenida, redacción del periódico «Freiheit».

A las nueve y diez minutos aparece un cartel con la siguiente noticia: «El alcaide de la prisión avisa a Sacco y Vanzetti que se preparen para morir.»

Los hombres arrugan el entrecejo y aprietan los puños con desesperación; los ojos de las mujeres se llenan de lágrimas y se dirigen al cielo, que está oscuro, impasible y vacío como la conciencia del verdugo.

Tomo asiento en un banco del parque. Desde el lugar en que me encuentro puedo leer los carteles y esperar el final del drama con regular comodidad. A mi derecha está un joven de unos 25 años y a mi izquierda una anciana de unos cincuenta. Tan pronto tomo asiento la anciana me pregunta la hora. Yo se la digo. La hora, diez centavos que tengo en mi bolsillo y una cantidad grande de amarguras que hay en mi alma, es todo lo que puedo ofrecer en estos momentos de incertidumbre dolorosa.

El joven que está a mi derecha, después de asegurarse de que no soy un «secreta», se expresa de la siguiente manera:

—No creo que se atrevan a matarlos. ¿Quién sabe lo que ocurriría si los mataran? Los ánimos están excitadísimos. Y no se trata solamente de este país sino del mundo entero. Matar a Sacco y Vanzetti sería desafiar la ira santa de todos los corazones generosos. Y... eso sería demasiado».

Este hombre, en pocas palabras, expresó el sentir de millones de personas, la noche trágica del 22 de Agosto de 1927.

Aquellas 10.000 almas reunidas en Unión Square, que esperaban... sin esperanzas, se negaban a admitir lo que presentían... lo que lógicamente temían... Les causaba demasiado horror la verdad para que se determinaran a creerla.

—No abrigo la más mínima esperanza respecto al porvenir de nuestros camaradas Sacco y Vanzetti, contesto yo al joven. A los dos sentenciados de Massachusets, sólo podría liberarlos de las manos del verdugo la fuerza enérgica y consciente de los hombres y esa fuerza no existe. ¡Bien lo saben los gobiernos del mundo!

—«Se equivoca usted, me dice la anciana en voz alta. Esa fuerza existe. Aquí estamos todos para dar fe de la existencia de esa fuerza. Aquí hay quince mil personas conscientes de sus deberes y de sus derechos. Cómo se atreve usted a negar esa fuerza encontrándose usted mismo rodeado de ella. Esa fuerza existe y esa fuerza hará sentir su poder si el gobierno de Estados Unidos lleva a vías de hecho la ejecución de Sacco y Vanzetti. No, no se atreverán; ellos, quizá mejor que usted, saben que el pueblo tiene conciencia y que con la conciencia del pueblo no se juega impunemente».

Dos carteles que aparecen sucesivamente son recibidos con grandes muestras de entusiasmo por la multitud. Los vítores y los aplausos atruenan el espacio. El primero nos hace saber que en el Paraguay se ha declarado una huelga general. El segundo dice que en Buenos Aires, una manifestación monstruo recorre las calles en dirección a la Embajada Americana. El joven y la anciana me miran y sonríen. ¡Ojalá tuvieran razón! ¡Ojalá me engañaran mis presentimientos!

La anciana me hace algunas preguntas relacionadas con mi nacionalidad y con mis creencias políticas. Todo le satisface menos mi pesimismo. Tiene una gran fe en los anarquistas españoles. Ignoro en que basa esta fe.

Serían las diez y media cuando apareció un cartel en el cual se nos hacía saber que el gobernador Fuller se había negado a dar curso a una súplica de prórroga presentada a él por la compañera de Sacco y por la hermana de Vanzetti. Este cartel ensombreció nuevamente los semblantes. Otro cartel dice que Sacco y Vanzetti se negaron a recibir los auxilios ofrecidos por el capellán de la prisión. Este cartel fué recibido con grandes muestras de satisfacción por el público. Hacían bien los dos sentenciados rechazando el auxilio espiritual del cura. Si ellos habían tenido valor para mirar de frente a frente a sus verdugos, si ellos habían despreciado la maldad de los hombres, que es una realidad, ¿por qué habían de humillarse ante el poder de un Dios, que es una mentira?

Mientras Sacco y Vanzetti esperaban tranquilos la muerte, sus verdugos tomaban toda clase de precauciones, por lo que pudiera ocurrir. Alrededor de la prisión de Charlestown había una cantidad enorme de hombres armados; el gobernador Fuller y el juez Thayer se atrincheraban entre fuerzas armadas y la policía de las principales ciudades de los Estados Unidos estaba en servicio de 24 horas.

Otro cartel trae algunas esperanzas: «La defensa de Sacco y Vanzetti consigue una audiencia con el gobernador Fuller».

Aunque solamente falta una hora para que la mano del verdugo baje el telón anunciando el final de la tragedia, el público vuelve a recuperar sus esperanzas... En el corazón generoso de la multitud conmovida, no cabe la realidad del crimen que se va a cometer...

La policía, esa fuerza ciega salida de las entrañas del pueblo para su propio sometimiento, de a pie y de a caballo, trata de impedir que la multitud obstruya los paseos del pequeño parque y el tráfico de la Cuarta Avenida. En sus actos despóticos, se ve el temor de que están poseídos, estos pobres servidores del mal.

Proximamente a las once y media un cartel da la noticia de que el gobernador Fuller se niega a dar la prórroga pedida por la defensa. Ahora

En pro del titán aherrojado

Lo que debe hacerse

Son razones de seriedad, responsabilidad y consecuencia con el espíritu que anima el movimiento de la F. O. R. A., las que determinan fijar propósitos en cuanto a la agitación pro Radowitzky. De una buena vez la opinión anarquista debe manifestarse, sin prevención ni reparos a lo que puedan oponer las sibilinas encargadas de profetizar el resultado probable de cada una de nuestras actitudes, nuestros juicios y nuestras preocupaciones de cada instante. Es funesto ese hábito de esperar que desde viejos púlpitos salga la voz que ha de indicar pautas a seguir. No entienden más quienes discurren mucho, sino quienes reflexionan bastante sobre cada problema de impostergable solución. Y hay que convenir en que la capacidad de iniciativa decae más, cuanto menos se la ensaya, mientras la manía discurridora que tiene un sofisma para cada circunstancia y elude siempre todo compromiso arriesgado, toda acción dignificadora, prospera y se acrecienta, por aquello que un loco hace ciento y cada pusilánime una legión.

No se edifica divagando. Para toda gran obra es requerido algo más que el arquitecto. Y si además éste es perezoso en trazar el proyecto meticuloso, pulcro hasta el exceso, que siempre encuentra detalles que corregir, la desesperanza de los que quieren ver levantado el edificio para apreciar el resultado de sus afanes, terminará por alejarlos del terreno en que ha de erigirse y se mostrarán desconfiados cuando se los llame otra vez para poner manos a la obra.

Esos casos se vienen repitiendo con una frecuencia aburridora por lo que se refiere a la suerte del denodado mártir de Ushuaia. Cuantas iniciativas se tomaran a su favor, debieron languidecer después de unos cuantos amagos sin fruto contra la justicia histórica, que lo mantiene entre sus redes opresoras, y lo estruja, lo maltrata como carne despreciable, arrojada a las fieras ahitas, que se gozan de su dolor augusto, jugando con la presa pendiente de sus garras ensangrentadas. Si una vez más disistiéramos del empeño de substraerlo a su infortunio, porque los ecos de una protesta callejera resultaran estériles para quebrantar la inflexibilidad de la ley que lo condena a espiar el delito de sentirse hombre y reivindicar el dolor de toda una multitud con un gesto supremo, no se necesitaría más nada para confirmar el cargo conque nos salieren los enemigos de todos los matices, al calificarnos de vocingleros pero pobres de espíritu.

Adversarios francos de las fanfarronerías y de los gestos neuróticos, no podemos serlo de toda acción bien inspirada y previamente establecida como un medio para llegar al fin propuesto. Sin madurar debidamente una aspiración en la conciencia de las llamados a materializarla, nunca se llegará a traducirla en realidad. Para obrar en una y otro sentido se requiere, antes de nada, poseer el sentimiento de lo que se quiere. La espontaneidad tiene también sus determinantes. No se opera por milagro. La gestan factores de naturaleza varia, y se manifiesta después de haber despertado en los espíritus una necesidad nueva, un anhelo superior. Por eso entendemos que la agitación en pro de Radowitzky debe tener puntos de miras, y sino, se malogrará como tantas otras. Y estos no pueden ser otros que los de poner en pie de guerra al proletariado dignificado por el sentimiento de la solidaridad. Al proletariado cuyo espíritu se identifica con el de los anarquistas y cuyas aspiraciones se proyectan más allá del estrecho vivir presente.

No se necesita más que quererlo. Toda otra consideración sería supérflua. Poco nos han de importar los remisos y los traidores. Harto sabemos que fuera de nuestros propios campos de acción no tenemos que buscar nada. Y esos, bien o mal fortificados—que eso no se discute cuando está por medio la dignidad colectiva—deben aportar los contigentes para la próxima batalla en pro de la liberación del titán aherrojado: Simón Radowitzky.

la desconfianza es más fuerte. Los hombres se agitan nerviosos y las mujeres ya no charlan: lloran.

Aquella alegría espasmódica, traída por la noticia del cable, en las que se hablaba de grandes manifestaciones de protesta en París, en Alemania, en Japón etc., ya no causan efecto alguno en el ánimo de nadie. Ahora la duda y la certidumbre forman un solo espejismo difícil de separar. Ahora... ahora sólo se espera un milagro,.. y los que esperan no creen en los milagros.

«Sacco y Vanzetti entran en la cámara de la muerte», dice el último cartel. Un silencio de muerte nos cubre, nos envuelve a todos. Las miradas se fijan insistentemente en la ventana donde aparecen los carteles. Aún se duda, aún la conciencia de todos se niega a creer la verdad. Los minutos corren y el cartel no se cambia por otro... Una mujer que está frente a mí, no puede ver, las lágrimas no le dejan, pero sus ojos permanecen fijos en el cartel. Veo que está a punto de caer y la obligo a tomar mi asiento. La anciana que estaba a mi lado también llora. No son solamente las mujeres las que lloran, lloran también algunos hombres. Lloramos todos. Al que no le lloran los ojos le llora el corazón...

Los policías, separados hasta entonces, se agrupan. Temen la explosión de las almas...

«Los trabajadores no pueden esperar justicia de otras cortes que la de aquellas constituídas por los trabajadores mismos».

Así dice uno de los últimos carteles.

—No, digo yo; los hombres no podrán esperar justicia ni podrán ser justos mientras no puedan derogar, abolir todas las cortes del mundo. ¿Quién es el hombre para constituirse en juez de otro nombre? El hombre superado no se hace juez de nadie ni permite que nadie lo juzgue.

Otro cartel, el último que he visto, da la noticia definitiva: «Sacco y Vanzetti are dead».

Un ruido sordo, algo así como un grito contenido, sale de todos los pechos. Algunas mujeres se desvanecen. La mujer que había tomado mi asiento, al conocer toda la verdad se reanima. Sus ojos se secan; se levanta y con los puños apretados desafía al espacio; con voz ronca dice: «Un millón de verdugos deberían de cortar hoy diez millones de cabezas. El pueblo americano es el pueblo más bajo y más canalla del mundo. Hablo del pueblo desheredado, no de los ricos y de los intelectuales. Hablo del pueblo trabajador». Se desvanece y cae al suelo.

* *

El juez Thayer ha vencido.

Sacco y Vanzetti fueron los vencidos.

La noche del 22 de Agosto de 1927, el verdugo hizo una buena noche. Ganó $ 450.

Y el gobernador Fuller y el juez Thayer ganaron más que el verdugo: Ganaron el desprecio del mundo, del mundo del pensamiento. He ahí una cosa que no ganó el verdugo; éste ya la tenía ganada.

* *

Sacco y Vanzetti pagaron con sus vidas el delito de haber nacido en una época de la historia de la humanidad, en la cual se asesina para hacer el bien... público...

UN TESTIGO.

Los alegatos de un derrotado

¡Hay que enterrar ese muerto!

Por relación de causa a efecto, los conglomerados humanos elaboran prejuicios, tendencias e inclinaciones diversas, según el espíritu que los influya. Los partidos políticos, por lo mismo que tienden a conservar formas anacrónicas de vida social, cultivan la ficción del hombre excepcional y rinden al principio de la disciplina fanática pleitesía, sin el cual la función de las élites sería inaplicable y la esclavitud moral y física de las mayorías no podría prevalecer como fundamento de una organización arbitraria. El caudillo lo es todo y la masa un instrumento dúctil en sus manos para eliminar todo obstáculo opuesto a sus ambiciones. La fe en el hombre debe reemplazar a todo discernimiento y la sumisión a los dictados de su voluntad, que son trasunto de sus apetitos, sustituye toda acción propia por parte de la masa supeditada a su influencia.

De ese modo se ha escrito la historia, y en su mayor o menor grado cada grupo humano imprime a sus actividades ese sello negativo, por muy alto que finquen sus ideales. La época del hombre integramente libre no ha alumbrado aún para la humanidad. Quienes se crean dueños absolutos de sus acciones, viven en un craso error.

Pero el caudillo no nace; se hace a favor de una circunstancia propicia y prospera al amparo de otras tantas. Unas veces sin pensarlo ni quererlo, y otras procurándolo a todo trance, se eleva al plano de los hombres privilegiados por la adhesión de las multitudes. En el primer caso no es responsable de la corrupción de su alma —no hay caudillo que no sea un corrompido—, pues lo determina un proceso de acontecimientos extraños a su persona; en el segundo es ya un envilecido por el ambiente y los apetitos que lo dominan. Ambos son, sin embargo, igualmente funestos. Los identifica una misma mentalidad y su indigencia moral produce los mismos efectos deletéreos donde quiera que sienten sus reales. Es bravío con los altivos, meloso con los sumisos, contemporizador con los inmorales que lo acaten sin réplica e intransigente, celoso e inquisitivo con todos los rectos, los íntegros y los capaces de tener juicio propio. No puede convivir con los hombres; su ambiente es el de las nulidades, porque sólo entre tinieblas le es dable proyectar alguna luz. Es insano de alucinación, una demencia que se apodera del hombre a quien el azar coloca un plano más arriba de otros mortales y se embeleza como un Narciso contemplando con ojos extraviados su fisonomía moral deformada, cuanto más monstruosa más sugestionante para sus pasiones de desiquilibrado psíquico.

Hace bastante que el anarquismo mejor definido en métodos y objetivos, de este país, lucha con un enajenado furioso de naturaleza semejante, pese a cuanto se vino creyendo hasta hoy, de que todos nuestros males provenían de fuentes extrañas a nuestro medio. Si una especie de sugestión colectiva no nos ha permitido advertir ese fenómeno, gracias en primer lugar, a los espejismos conque se nos hiciera contemplar cada situación, vemos que el caso actual es de un verismo extraordinario como materia de ilustración. Pase lo de morbo dictatorial, lo de amorfismo sindical, industrialista, etc. Todo eso fueron amenazas pasajeras, que debían ser excluídas por la firme voluntad anarquista, siempre despierta para oponer una valla a las tendencias de importación. Pero atribuir ingenuamente a un hombre el milagro de haber contenido esas amenazas, cuando ya habían sido señaladas por otros, fué, no ya un error vulgar, sino el primer paso hacia una época nebulosa de nuestra vida colectiva, por el envanecimiento, la soberbia y el orgullo insolentes que ha despertado en un ente recién llegado a nuestras filas, sin una identificación previa con nuestros hábitos de libertad, con nuestras prácticas igualitarias, y bien repleto el espíritu de ambiciones, que siguió desarrollando impúdicamente en medio de la befa y el escarnio de cuantos debieron chocar con su personalidad sanchesca. En ese sentido recibió las pedreas más recias y furiosas, sin que se haya decidido por un gesto capaz de dignificarlo, reivindicánlo de la acusación que lo presenta constantemente como mercader de ideas, traficante de conciencias. Por lo demás, esa personalidad colectiva, cuya visión tanto exalta, cuya capacidad interpretativa y combatiente se vocea a los cuatro vientos ¿dónde queda, si no tuvo expresión alguna cuando se la necesitaba para contener las corrientes envenenadoras de su medio revolucionario? ¿Es o no un agravio a su dignidad esa presunción de que nuestra salud espiritual se debe a los métodos preventivos de un idóneo sin título?

De aquella situación de errores se recogen ahora estos frutos. La desvergüenza de un hombre, maleado por nuestra excesiva predisposición a aceptar sus premisas, tiene que obrar en forma deprimente sobre los fueros de la personalidad colectiva. Frenético de soberbia le bastó un mero incidente personal para plantear un conflicto colectivo. Y metiendo las patas antes que la cabeza en cuanto proyecto estratégico se propuso llevar a efecto, quedó bloqueado entre las montañas de su imprecisión. Copado e impotente para salir de allí, escupe insultos por su boca viperina contra sus adversarios por fuerza, que constituyen la mejor confesión de su derrota. ¿Qué dicen ahora los mogigatos que reprocharan la «procacidad» de nuestro lenguaje, después que él lo reputara así y no antes, porque viviendo de prestado no pueden tener conceptos propios? ¿Qué consideraciones le sugieren esos dicterios brutales de «expurios», «pervertidos», «amorales» y demás, propios de un energúmeno? ¿Pero es qué así se desmiente la consistencia de los cargos que pesan sobre su persona? ¿Se niega la evidencia de sus concomitancias con una empresa periodística de acción tan corrosiva como «Crítica»? ¿Se desvirtúan sus felonías, ahora perfectamente comprobadas con los datos que Eliseo Rodriguez apunta en «Renovación», contra sus propios amigos y colaboradores, el grupo Editor y Administración del diario, que pretendía hacer «saltar» de la casa por medios innobles? ¿Es menos verdad por eso que uno de sus siervos atropelló a un adolescente que circulaba VERBO NUEVO e hizo un acto de fe con sus ejemplares? ¿Lo justificaría siquiera de que otro hombre hubiera propiciado semejantes procedimientos en otros tiempos?

¿Por qué lo combate entonces si está dispuesto a prolongar sus errores, esos tan sarandeados errores que le sirven para justificar su fobia contra él y su exclusión del movimiento?

¡Oh la pintoresca lógica del César!

Pero su situación de derrotado, aunque lo ampare el silencio de la mayoría, silencio muy significativo sin embargo, que demuestra bien como en esta partida está huérfano de opinión; esa situación, repetimos, lo obliga a buscar una salida imbécil. Nos presenta como enemigos de la F.O.R.A. y de «La Protesta» por que somos inconciliablemente de su persona de bribón, cínico y desfachatado. y por amor justamente a ese patrimonio que ha creado el esfuerzo de millares de trabajadores y él pretende usufructuar como cosa propia.

Veremos hasta donde le va a ser útil ese expediente. Entetranto, seguiremos gritando con toda la fuerza de nuestro pulmones:

¡Vivan la F.O.R.A. y «La Protesta»!

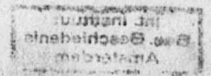
¡LIBERTAD!

Consecuentes con los propósitos expresados en su oportunidad, VERBO NUEVO declara abiertas sus columnas a los anarquistas que deseen discutir nuestra actitud frente a la conducta de la Redacción de "La Protesta" y del Consejo de la F. O. R. A. en las distintas cuestiones que una y otro han planteado, determinando nuestra reprobación. No tememos someter al juicio colectivo nuestros pnocedimientos, y nos serán gratas cuantas objeciones quieran hacernos los compañeros habilitados para intervenir en la discusión de nuestros problemas internos. No hacerlo así, para atacarnos desde otras posiciones por medio de las insinuaciones malevolentes, significa una falta de nobleza indigna de anarquistas.

Dadas las escasas dimensiones de esta hoja, encarecemos que las réplicas sean breves y concretas.

Compañeros:

DIFUNDID VERBO NUEVO



Brochazos

HÁGASE LA LUZ

El calumniador cínico que ruge su despecho en nuestro órgano de propaganda más querido, nos moteja de calumniadores e indecentes, porque no cultivamos el sistema de la hipocresía que a él le es proverbial siempre que se trata de elementos que puedan serle necesarios para la comisión de sus fechorías. Los hechos comprueban la honradez de nuestros procedimientos, pues no hemos registrado en estas columnas una sola acusación contra nadie que no estuviera perfectamente acreditada. Cuando denunciamos la forma poco escrupulosa en que se manejaban los recursos del Consejo Federal teníamos fundamentos incontrovertibles para hacerlo, y como corolario a nuestra denuncia vino la confirmación del ex-protesorero, camarada Colucci, publicada en este mismo periódico. Nadie como el mencionado puede hablar con mayor conocimiento de causa, por la clase de función que desempeñara en el Consejo.

Pero los interesados, hombrecillos desaprensivos, con toda la falta de responsabilidad que los caracteriza, se encerraron en un mutismo acusador de sus malas acciones. Admitiendo que en los desfalcos denunciados no haya responsabilidades colectivas, el hecho de silenciar esas cosas implica una complicidad con los malversadores.

Aunque se tapen bien los oídos, no cederemos en el empeño de que se haga luz en este asunto. Los balances deberán decir quienes resultan culpables y quienes absueltos de responsabilidades. Y mientras no se publiquen pesarán eternamente sobre el Consejo Federal.

BOCAS DE FUEGO.

Con perfecta unanimidad, la prensa de ideas que contribuye a impulsar el movimiento de la F. O. R. A., animándolo con su prédica, condena sin reticencias la actitud del extraviado que monta el pegaso de sus odios en la redacción de «La Protesta» y atropella cuanto hay de más respetable en nuestro movimiento: la integridad de sus mejores hombres y la estabilidad de sus instituciones. «Renovación», de Avellaneda, «El Obrero Granitero», de Sierra Chica, «El Obrero Ladrillero», de La Plata, fustigan con valentía la vituperable conducta del ganapán que de modo tan indigno se conduce con los que se lo proporcionan hace más de diez años, privándose muchas veces hasta de su correspondiente ración para sostener la propaganda.

Son bocas de fuego abiertas contra el impenitente y audaz provocador, a quien el miedo de perder el puesto mantiene en perpetua inquietud, haciéndole ver en cada hombre que lo discute, un pirata en actitud de disputarle su triste y miserando botín. La actitud de esos órganos de nuestra prensa es algo más que sintomática: es la expresión del repudio de una gran parte del movimiento anarquista, contra el más grande de los perturbadores de la paz colectiva.

Decididamente, dentro de poco tiempo le van a faltar huestes para mantener el «cordón sanitario», de tal manera se ensancha el frente de batalla de los «descontentos», esos descontentos que tanto odia y no hace más que crearlos. Es una desgracia que lo persigue y va a dar con su figura grotesca en alguna casa de orates. Para entonces, la solución de estos desdichados problemas que nos roban tantas energías. Antes no hay que pensarlo.

Ficciones y realidades

Es difícil destruir las creencias elaboradas en un largo proceso de gestación. Cuando se empieza a aceptar un temperamento con carácter de absoluto sin reparar en la relatividad de las cosas, se inicia la pendiente del renunciamiento al propio juicio y poco a poco la noción de la libertad volitiva, aquella facultad de dinamismo personal que imprime rasgos más o menos perfectos al hombre, destacándolo por encima de la vulgaridad, se borra y desaparece, para ceder su puesto a la entidad enclenque, debilitada por su misma falta de ejercicio mental, por su inercia para pensar y obrar según las determinantes de su propio raciocinio.

La conducta del hombre, con relación a sus destinos, no fué otra a través de la historia. Impulsado por fuerzas extrañas a su voluntad, encaminó sus pasos por los caminos más tortuosos, hasta perderse entre los enmarañados vericuetos de una moral artificiosa, incohonestable con su derecho a vivir y con su capacidad para progresar.

Sería pretensión jactanciosa suponernos a cubierto de esas sugestiones por el hecho simplísimo de haber recusado el viejo espíritu de sumisión a la fatalidad, pues no hay tradición fetichista que no deje sedimentos en la conciencia humana por muy alto que se ponga una aspiración renovadora. Teoría semejante no podría ser sostenida sin caer en el fanatismo alucinador. Materia somos y por lo tanto con propensión a las más variadas y contradictorias impresiones. Hasta qué grado puede un hombre substraerse a la influencia de esas impresiones, manteniendo el equilibrio de su razón, pertenece a otro género de investigación el verificarlo y ni aún así habría posibilidad de arribar a conclusiones definitivas. Debemos conformarnos, pues, con la constatación de ese hecho como materia de ilustración, cuanto más simple más positivo, porque lo acredita una realidad inconcusa.

Es así como las opiniones se cristalizan en un molde cualquiera, cerrándose a toda discusión que discorde con las fórmulas proclamadas ayer para superar una situación eventual, y repetidas mañana como un remedio infalible para curar males distintos, sin observar que el diagnóstico no puede ser exacto, ya que es interesado y tiende a llevar la alarma atormentadora al espíritu colectivo, con la amenaza de un posible contagio, propalada por los curanderos de almas como un recurso para seguir alimentando la fe en sus panaceas. El sacerdocio de las ideas no tiene exigencias diferentes al de las creencias. Una vez hecho carne en el espíritu de los hombres, no hay razonamiento, ni lógica, ni realidad por elocuente que sea, capaz de disuadirlo de que tiene en la vida un rol de predestinado, y se hipnotiza o idiotiza hasta el estremo de perder el control de sus propios actos, el sentimiento de su personalidad, la sensibilidad de cosa animada, en fin. Del apostolado se llega más veces a la demencia que al sacrificio. Son incontables los locos de verano que tomaron muy a lo serio su papel de redentores y terminaron sus extravagancias en el inmenso manicomio de la vida burguesa, después de conquistar su lote de celebridad en la prensa revolucionaria. No queda en nuestro medio uno solo de aquellos pregoneros de nuestras virtudes, de nuestra incomparable consecuencia, de nuestro portentoso heroísmo, que vinieran a marcarnos rutas y después se fueron sin el santo, pero con la limosna recogida, a oficiar en otros templos sobre los altares de otras ficciones. Sabían que el mundo es una eterna danza, según un concepto muy vulgarizado, y se pusieron a bailar dentro al compás de las mejores músicas...

Los espectadores alegres y confiados que asistiéramos a los ensayos espectaculares de aquellas «troupes» y las vimos levantar sus carpas más tarde cuando las migajas de nuestro pan no podían compensar su talento de consumados bailarines, si no tuviéramos frente a los ojos bastantes elementos de convicción para intuír la verdadera naturaleza de los intereses que amparan ciertas prédicas morbosas, la experiencia obtenida de otras situaciones nos sería más que suficiente para prevenirnos y prevenir a los demás. La posición desde la cual contemplamos el problema, puede muy bien excluír toda sospecha de intenciones inconfesables, pues no se llega a la última faz de una existencia vinculado a un ideal por los lazos del desinterés, cuando se persiguen objetivos subalternos. Es bien inferior la posición de los que llegaron en pos de la triste pitanza, armados con la carabina de Ambrosio de los neologismos y nunca expusieron el cuerpo a la puntería de los cazadores que guardan los predios burgueses. Si el hombre ha de ser conocido por su obra, nada hay que lo acredite tanto como el empeño en realizarla en cuantos aspectos sean viables a su actividad. El sufrimiento y no la comodidad, será el mejor sello para su labor, y la preocupación que despierte en el enemigo a quien combate, será la más preciada recompensa a su esfuerzo.

Pero no pretendemos que se nos crea. Ello significaría perder la partida, ya que por creer demasiado, vivimos en el mundo de las ilusiones y se nos escapa la cruel realidad. El tiempo, juez inexorable de las acciones de los hombres, ha de fallar el pleito, condenando a los protervos y reivindicando a los justos.

Y a los cómplices ingenuos de esta tragedia de las almas, angustiadas pero no vencidas, de los que sufren el castigo de ser leales, veraces y altivos, vaya nuestro perdón por adelantado, porque no son estos los tiempos mejores para reflexionar.

JOSÉ M. ACHA.

LA INEFICACIA DE LAS SANCIONES PENALES

Los cultores de las leyes, o mejor dicho los creyentes en la eficacia de las sanciones represivas contra los hombres que ataquen lo estatuido por la sociedad presente—la propiedad privada—o contra la vida de las personas, creen que con el hecho de privar de la libertad, suprimir la vida o aplicar otra clase de castigos, los robos disminuyen, los asesinatos se hacen menos frecuentes, y, en general, la delincuencia decrece. Grave error tal creencia. En los países donde la represión penal es más dura, mas cruel, más despiadada, no por eso disminuye el número de los que infringen las leyes. Y es que esas acciones son determinadas por factores que esas mismas leyes no pueden anular. El que delinque rara vez piensa,—porque en la mayoría de los casos lo ignora—en la severidad del castigo que se le aplicará. Obra impulsado por circunstancias que la misma sociedad ha creado, o por necesidades que la naturaleza, que no sabe de códigos ni de leyes, ha impuesto al hombre como a todos los demás seres animados: la de comer, vestir y de poseer una vivienda.

Se producen hechos en los cuales a simple vista no entran causas determinantes, que eximan de culpa al autor. Las necesidades fisiológicas no los han determinado. Pero en cambio, profundizando las causas, veremos que fueron determinados por la educación, por la mentalidad que la sociedad burguesa ha formado en las generaciones anteriores y que perdura en la nuestra, cargando sobre los hombros dolientes de la humanidad los vicios, las falsas creencias, las deformaciones físicas, psíquicas producidas por tantos siglos de ignorancia, de lucha feroz de hombre a hombre.

¿Qué extrañeza puede causar que un padre trate a palos a sus hijos, golpee a su esposa por cualquier motivo, si él no fué educado de otra manera, si es el tratamiento que su padre aplicara a su genitora? ¿Por qué produce estupor que un joven dé de puñaladas o mate de un tiro a una joven porque no responde a sus requerimientos amorosos, si el hombre se cree dueño absoluto de la mujer y con el perfecto derecho de hacer valer su voluntad, por ser macho, sobre su compañera de especie?

Si el hombre en lugar de dirimir las divergencias con sus semejantes por medio del razonamiento, de la persuasión y de la lealtad se ha acostumbrado, en esta sociedad de lobos, a triunfar por medio de la fuerza bruta y por el engaño ¿por qué debe ser raro que una discusión termine a golpes o puñaladas? Si la supremacía de la fuerza de la fuerza bruta es cultivada a la quinta esencia por la adoración del boxeo, de la esgrima o de las patadas, no deben quejarse los defensores de esta sociedad, porque los que no pueden permitirse el lujo de un desafío en un ring o un duelo con todas las formalidades protocolares, se contenten con un ring en una taberna o un duelo criollo a cuchillo. Diferencia de medios y de resultados. A los boxeadores se les da títulos de campeones y una bolsa de dólares, a los duelistas a espada se les sacan fotografías y se hacen célebres; y a los trompeadores y duelistas callejeros... se les manda a la cárcel.

Los delitos son el fruto inevitable de la inhumana sociedad actual. Donde hay mucha riqueza en manos de pocos y miseria hereditaria en muchos, donde la ignorancia con todas sus derivaciones, es el patrimonio de tantos hombres, forzosamente tiene que existir el robo, el asesinato y la prostitución.

Por otra parte, el castigo, lejos de

VISTO Y OIDO

POR LOS FUEROS DE LA VERDAD

Somos enemigos, por temperamento y por convicción, de contribuir con nuestras actitudes personales, a fomentar el escándalo en nuestro movimiento. Amamos al mismo y nos debemos a él, como el que más. Pero cuando hombres que actúan en las avanzadas de la organización y que por esa causa, debieran ser modelo de honestidad, faltan a la verdad y mienten deliberadamente, nosotros no podemos por menos que salir por los fueros de ella y proclamarla a los cuatro vientos.

Y vamos al caso que nos ocupa.

Al asumir el cargo de miembro del Consejo Federal, designado por la F. O. C. de Tres Arroyos (3 de diciembre de 1926), el Consejo encomendó al que suscribe, la tarea de sacar copia del libro de tesorería, de los balances correspondientes al último ejercicio administrativo, (1) a fin de ser llevados a la imprenta y cumplir así con la resolución a que aludía en mi suelto anterior.

Hagamos aquí un forzoso paréntesis.

Dice el Consejo Federal, en su publicación del día 22 de septiembre, pretendiendo destruir la acusación que se hizo desde este periódico y que yo he de reafirmar en el curso de la presente:

«*Debemos aclarar con respecto a esto que si bien es cierto que ambos adeudan a tesorería una suma determinada, ninguno de ellos debe ser blanco de la calificación infame de quien hipócritamente disimula revelar "lo que se susurra".*

El primero, siendo tesorero del Consejo, manifestó un día en reunión del mismo que de un modo inexplicable había perdido la suma de dinero que depositaba, planteando de inmediato en aquella reunión su renuncia. Más como se hiciera responsable de reponer la cantidad que espontáneamente consideraba como deuda, a proposición de José M. Acha fué tomado el acuerdo de no hacer publicación alguna con respecto a tal incidente, en espera de que la deuda que voluntariamente contraía el que dejaba de ser tesorero fuese satisfecha. Así se resolvió aceptando al mismo tiempo la renuncia del afectado en aquel caso."

La cantidad que quedaba adeudando al entregar la tesorería (en una forma poco común) según los balances hechos por el interesado, Ruffo, era de $ 397.16.

Pero prosigamos trascribiendo:

« Ahora bien, como quiera que el ex tesorero aludido ha contribuido a la tesorería con algún dinero, creemos que seguirá, hasta reponerlo íntegramente, respondiendo a la promesa hecha a este Consejo.»

Efectivamente, Ruffo entregó a cuenta de su deuda y por intermedio de Padrón, la cantidad de $ 20.00 (2).

Veamos ahora lo que ocurre luego.

Terminado que hube la tarea que me encomendara el Consejo, el mismo resuelve citar a los revisores de cuentas a los efectos correspondientes. (3)

Esta reunión no pudo verificarse en virtud de no haber concurrido los interesados. Igualmente fracasó otra reunión convocada para el día 29 del mismo mes y a la que se había invitado especialmente a Germán Benito y Vicente Ruffo.

Finalmente, después de mucho ir y venir, se realiza dicha reunión el día 18 de febrero. Están presentes en ella el que suscribe, el tesorero en funciones J. Borrego, Benito, Ruffo y los revisores de cuentas, representados así: Por la Local Bonaerense: Papavero, por la Local de Lomas de Zamora M. Duclós y por la Local de Avellaneda: Fenza. Se procede de inmediato a revisar los balances, comenzando por el mes de abril de 1926 y al momento se advierte que en salidas figuraba una partida de $ 142.05 dos veces, como pagado por affiches de la A. I. T., pues esa misma cantidad va incluída en una partida de $ 151.55 cuyo asiento reza: « Pagado por affiches de la A. I. T. » etc.

Se inquiere de Benito y Ruffo que aclaren ese asunto y manifiestan, el primero, que él ha entregado todo en orden al segundo y este dice que si dicha cantidad figura en el libro de tesorería es porqué ha sido pagada y al efecto muestra una carta, que era simplemente una notificación dirigida por el despachante de aduana al exempleado de la «La Protesta» Pardo y en la que le decía que el valor de los affiches era de $ 142.05. Uniendo a esta cantidad $ 8.00 de acarreo y $ 1.50 mas, no sé porque conceptos de derechos aduaneros, suma la cantidad de $ 151.55.

Visto que entre los compañeros allí presentes no habían de aportarse mayores luces y teniendo en cuenta la intervención de Pardo en el asunto, se convino en que el que suscribe y Ruffo irían a «La Protesta» a averiguar que es lo que había en concreto. No obstante se prosigue revisando los balances, dando comienzo al mes de mayo, y en salidas figura una partida de $ 50.00, cuyo asiento dice: «Pagado por delegación a Río Negro». El revisador por la Local Bonaerense, Papavero, observa que esa cantidad está incluída en el balance del mes anterior en una partida de $ 183.00 y en cuyo asiento reza: «Pagado por delegaciones varias 1º de Mayo».

En presencia de tantas anomalías, los revisores de cuentas se rehusan a proseguir la labor y el que suscribe manifiesta que, efectivamente, no es posible proseguir, dado el maremagnum de errores que hay en los balances y que por lo tanto es necesario anular esos y proceder a la confección de otros, teniendo como base los comprobantes y recibos correspondientes. Este criterio es aprobado unánimemente.

Ahora bien; de acuerdo a lo resuelto en esa reunión, el que suscribe se entrevistó al día siguiente con el empleado de «La Protesta», Fontana, y si mal no recuerda, con su administrador Torrente, a quienes plantea el caso. No hizo lo propio Ruffo, a quien se le estuvo esperando más de una hora en vano y no compareció. El resultado de esta gestión fué el siguiente: Que si bien Fontana y Torrente no podían afirmar rotundamente que esa cantidad no había sido pagada, por el hecho de que el que había intervenido directamente en el asunto de los affiches era un ex empleado de «La Protesta», pero no obstante y en razón de lo que les había sido posible observar, tenían el convencimiento de que no había sido pagada.

De todas estas gestiones, informó al Consejo, el que suscribe.

Prosiguiendo en la tarea depuradora de los balances, por parte del que suscribe, se constatan las siguientes irregularidades:

Mes de mayo, no se da entrada a una partida de $ 262.02, equivalentes a 2382 estampillas federales cotizadas por la F. O. L. Bonaerense.

Mes de junio: no se da entrada a una partida de $ 16.50 que el sindicato de Oficios Varios de Santa Fe remite para que se les envíen affiches de la A. I. T.

Mes de agosto: se da como pagada al Comité Pro Presos la cantidad de $ 62.50, pero sin aparecer el recibo correspondiente, que extiende el mismo.

Igualmente se dan como pagadas, pero sin aparecer los comprobantes correspondientes, las siguientes cantidades: $ 14.50 a la Agrupación Pro Presos de España (donación de Oficios Varios de General Acha), $ 13.50 al Comité Pro Presos (donación de idem), $ 3 al Grupo para la Propaganda Internacional (donación de idem), $ 22.25 a la U. S. I. (donación de Mozos y Anexos de la Capital). Entre el que suscribe y el Secretario del Consejo, Ismael Martí, se hacen las averiguaciones pertinentes y se llega a la constatación de que ninguna de las cantidades antes enunciadas habían llegado a manos de los interesados, vale decir, que no habían sido pagadas.

Ante este cúmulo de pruebas, no cabe la menor duda entre los miembros del Consejo, que Ruffo no ha perdido el dinero, sino que, por el contrario, se lo ha insumido. Se resuelve citarlo nuevamente con el propósito de ver si se hace cargo del «muerto», pero no es posible dar con él, por cuanto se ha mudado de casa y nadie da razón de su paradero.

Poco tiempo después, Martí dice que ha oído rumores de que Ruffo, con el dinero substraído al Consejo, ha comprado una casa en Lomas de Zamora o Remedios de Escalada.

Borrego, tesorero en funciones, dice que debe informarse al proletariado y denunciar al tesorero estafador. Martí dice que por ese procedimiento no se recuperaría el dinero substraído; que conviene averiguar el paradero y «romperle las costillas».

Así trascurre el tiempo, hasta que, el día 16 de mayo, el que suscribe renuncia del Consejo y como se le inquiriera si continuaría prestando su colaboración en la tarea de depuración de los balances, contesta afirmativamente.

A mediados del mes de junio, fuí invitado personalmente por el miembro del Consejo J. Martín a concurrir a una reunión que se relizaría un día viernes, y a la que iría también Ruffo, pues, se había dado con su paradero. Concurrí a esa reunión y después de informarse del objeto de la misma se increpa a Ruffo por su falta de honestidad en el desempeño de sus funciones. Borrego hace notar que al recibir la tesorería, Ruffo le había dicho que en «La Protesta» existía en depósito la suma $ 518.74, pero que al reclamarle a Torrente dicha suma, éste le manifestó que no había tal dinero en la casa. Ruffo se justifica diciendo que todas las cantidades que figuran en los balances, las ha pagado; en cuanto al dinero que se menciona como existente en «La Protesta» conviene que se averigüe nuevamente. Así se convino, encargándose Borrego de hacer las diligencias pertinentes. A objeto de saber el resultado, se fijó el día 3 de setiembre, resultado que no sabemos aún, por no haber concurrido Borrego a esa reunión.

Ahora bien; ante este cúmulo de hechos—comprobados en su mayoría—cabe preguntar que ¿Qué hombres medianamente honestos—a no ser los del Consejo Federal—pueden decir muy sueltos, que este hombre «no debe ser blanco de la calificación infame», etc.»?

Veamos ahora como pretende «abrirse cancha» el Consejo, con respecto a la acusación que se hace contra un miembro del mismo, que detenta una suma de dinero:

«En cuanto al miembro del Consejo que detenta una cantidad de sus fondos se hace siempre responsable de ella y está presto a abonarla cuando cuente con medios que se lo permitan.»

El «consejero» en cuestión, es Antonio B. Huerta, quien detenta, desde hace más de dos años, la suma de $ 160. Formando aún parte del Consejo el que suscribe, y por repetidas veces, se trajo a discusión, por parte de Borrego y otros, la manera de eximir al mencionado del pago de ese dinero, y al efecto se proponía que se hiciera figurar esa cantidad en los balances, como pagada al mismo en concepto de jornales por delegaciones. El más torpe advertiría inmediatamente, que esto se hacía por tenerse la convicción de que Huerta no reembolsaría nunca ese dinero.

Hay más aún. Se dice en el párrafo transcripto que «Huerta se hace siempre responsable y que pagará, cuando sus medios se lo permitan». Sí, «pero otra cosa es con guitarra». No ignoran los compañeros que este hombre, estuvo trabajando, ocho meses en la «Energina», percibiendo un salario estimable ¿pero, creéis por ventura, que se acordó de amortizar su deuda? De hecho la «responsabilidad» de este hombre ha terminado. ¡Pero tampoco «debe ser blanco de la calificación infame», según el Consejo!

No he de cansar a los compañeros, con el aporte de más hechos que no harían más que reafirmar todo cuanto dejamos dicho, como tampoco quiero restarle espacio a esta hojita de propaganda. Por lo demás creo haber dicho una gran parte de lo que hemos visto, oído y comprobado. No «obsequiaremos con cuerdas» para que se «ahorque» a nadie. Solo reclamamos de los compañeros: serenidad, análisis, reflexión y... justicia.

Nada más.

M. COLUCCI.

Buenos Aires, octubre 26 de 1927.

(1) Desde abril a setiembre de 1926, corresponde la tesorería a Benito y Vicente Ruffo.

(2) Este dinero es entregado a fines de diciembre del año pasado y hasta el momento de escribir, no hay noticias de que haya entregado otra suma.

(3) Véase «La Protesta» de fecha 11 de enero de 1927, y subsiguientes.

---

gestar amor engendra odios

En todos los establecimientos donde se administra «justicia» se ven con profusión, pinturas y esculturas representando a Themis, la diosa, con la balanza en la mano y con una venda en los ojos ¡Es verdad, es ciega! Pero ciega para no ver el sufrimiento de los hombres aherrojados y privados de personalidad. Ciega y sorda a los lamentos de los que claman la verdadera Justicia, pero en cambio... tiene un olfato y un oído privilegiado. El olor a mugre de los billetes de banco y el tintineo del oro de los poderosos, la embriaga, y el fiel de la simbólica balanza se inclina a favor de los poseedores de la suprema razón: el dinero.

A. GENINI.